

Tres poemas inéditos de Juan Panero

ELISA DOMINGUEZ

En este trabajo damos a conocer tres poemas inéditos¹ de Juan Panero, «poeta de frente alta y pura, mirada limpia y noble», como lo define Luis Felipe Vivanco².

Nació en Astorga (León) el 2 de abril de 1908. Fue el segundo de seis hermanos y parece ser que su infancia transcurrió feliz en esta pequeña ciudad. Realizó los cursos del bachillerato en San Sebastián y León, para terminar estudiando peritaje en Vigo. Su auténtica vocación —la poesía— se había manifestado ya, y pasaba largas horas escribiendo en el torreón de la casa paterna, inmerso en esa soledad de hombre ahondada por el amor. En 1932 se traslada a Madrid en compañía de su hermano Leopoldo, también poeta. Frecuentan círculos literarios y entran en contacto con los poetas del momento: Miguel Hernández, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Pedro Salinas, María Zambrano, E. Díez Canedo, Vicente Aleixandre, José Bergamín, Gerardo Diego, etc.

En 1936 publicó su primer y único libro, *Cantos del Ofrecimiento*³. Sin duda, se presentaba un magnífico futuro para este poeta, a quien la muerte arrebató en plena juventud, víctima de un accidente automovilístico el 7 de agosto de 1937, quedando truncadas sus aspiraciones.

Después de este breve perfil biográfico es imprescindible centrar al poeta en el ámbito histórico-literario de su época.

La crítica sitúa a Juan Panero como miembro de la llamada «Generación del 36».

¹ Deseamos expresar nuestro agradecimiento a las hermanas de Juan Panero, que nos han cedido estos poemas inéditos para su publicación.

² Vivanco, Luis Felipe: *Introducción a la Poesía Española Contemporánea*, Madrid, Guadarrama, 1957, pág. 565.

³ Panero, Juan: *Cantos del Ofrecimiento*, Madrid, Héroe, 1936.

Teniendo en cuenta que han sido muchas las opiniones que se han dado a favor o en contra de este asunto, sólo destacaremos algunas de éstas. Por ejemplo, Gerardo Diego⁴ distinguía hasta tres promociones del 36: de fundadores, creadores y epígonos diversos, incluyendo a Juan Panero como componente de la primera. Torrente Ballester⁵ habla de «Promoción de la República»: «Porque entre 1930 y 1936 se formaron sus miembros, y durante esos años aparecieron los libros de algunos de ellos, y «no republicanos» pues éso sería atribuirle una significación que, en la mayor parte de sus representantes, no tuvo. Para él los integrantes del grupo generacional fueron: Luis Rosales, los hermanos Panero, Miguel Hernández, Victoriano Cremer, Germán Bleiberg y Gabriel Celaya como más representativos.

Es evidente que la contienda española fue decisiva para estos hombres, y en esta línea se centra la opinión de Ricardo Gullón: «La guerra civil constituyó un hecho generacional y aglutinador»⁷. Es decir, entre ellos hubo una entrañable hermandad que se trasluce en sus obras. La poesía les sirvió de refugio intra-histórico, y se percibe en ella una humanización esencial.

Víctor García de la Concha⁸, conocedor del tema, piensa que «la realidad de la poesía de estos años es demasiado compleja para permitir su reducción a los estrechos bordes de un molde generacional, que supone, cuando menos, identidad programática y comunidad de métodos».

Después de esta introducción histórico-literaria, pasamos a presentar estos tres poemas inéditos de Juan Panero que son el motivo de nuestro trabajo: *Castilla en Cementerio*, *Pájaros que vuelan* y *Chopos en Otoño*. Se observa en ellos una sensibilidad especial, por parte de Juan Panero, para expresar con palabras el sentimiento que la naturaleza misma le produce. Presentan una temática común: El paisaje castellano —de su tierra tan hondamente amada— con el estremecimiento de quien lo percibe y vive en sus más pequeños detalles, con una admiración ante el paisaje en sus más leves vibraciones. En ellos subyace, claramente, el recuerdo de D. Antonio Machado, al contemplar el poeta, con una honda melancolía, la miseria de Castilla y de los hombres que la habitan:

«Tierras extendidas en un sólo plano.
Sin altos ni bajos. Todo aquí es llanura.

⁴ Diego, Gerardo: «Ansias de Creación» en *Hoja del Lunes*, Madrid, 1 de marzo de 1943.

⁵ Torrente Ballester, Gonzalo: «Promoción de la República», en *Panorama de la Literatura Española Contemporánea*, Madrid, Guadarrama, 1956, págs. 457-458.

⁶ Gullón, Ricardo: «La Generación de 1936», en *La Invención del 98 y otros Ensayos*. Madrid, Gredos, 1969, pág. 163.

⁷ García de la Concha, Víctor: *La poesía española de posguerra*, Madrid, Prensa Española, 1973, pág. 28.

Sin agua ni prados ni ríos que canten;
 ni árboles ni flores. Todos son trigales.
 Labriegos con trajes y capas parduzcas.
 Mujeres con sayas y refajos rojos.
 Los niños con boinas y colgando mocos.
 Las niñas con lazos y mandiles blancos.»

(Castilla en Cementerio)

El poeta utiliza la misma técnica descriptiva del pintor que expresa a través del color la impresión del marco natural que tiene ante sus ojos, describiéndolo detalladamente:

«Los aires,
 en lentas caricias de soplos,
 despeinan los chopos dejándoles mondos...
 resbalan sus hojas
 caminos de cielos con juegos de ángeles contentos
 y llegan a tierra cansadas del revoloteo...»

(Chopos en Otoño)

La naturaleza, en algunas ocasiones, se presenta humanizada; se trata, de este modo, de expresar la propia subjetividad del poeta poniéndola en función de su propia vida:

«Ríen las tristezas los largos cipreses
 —son dedos carnosos de los muertos nuestros—
 que alzan, afilados, sus uñas al cielo.»

(Castilla en Cementerio)

En estos poemas hay, en general, un goce más estético que existencial del paisaje, y, emulando a D. Antonio Machado, al final de cada poema, aparece el «yo» poético en emocionado paralelo con el escenario natural, expresando el motivo íntimo que le inspira al poeta:

«¡Esta es mi Castilla! ¡Es mi Cementerio!»

(Castilla en Cementerio)

«Mis ojos los siguen
soltando ilusiones...
y mis ojos cierran
con plumas en tierra».

(Pájaros que vuelan)

Márgenes de un río bordadas
de chopos desnudos, austeros,
esconden la vida de otra primavera...»

(Chopos en Otoño)

Es en estos últimos versos donde, de manera especial, se aprecia todo el sufrimiento contenido de Juan Panero. La naturaleza, alegremente descrita, sirve de contraste al ánimo desesperanzado del autor.

En conjunto, se observa en estos poemas una visión —diríamos que optimista— que conlleva un alentador mensaje de esperanza en un mañana mejor, libre de la pobreza presente.

Desde el punto de vista formal, hay que destacar un lenguaje rico y sonoro de cierto sabor modernista, con un cuidado ritmo acentual y fonético, así como una fuerte tendencia hacia la aliteración, que dan a las composiciones una bella musicalidad:

«No cesa el arpegio rumor de los vientos
celestes;
de largos, cadentes susurros
que blanden guitarras en chopos esbeltos
soltando,
al lamerlas, las hojas
de amarillo tierno, muy tierno...»

(Chopos en Otoño)

Es importante, también, la utilización de imágenes, metáforas, rimas asonantes, encabalgamientos y cortes internos, que nos recuerdan a Azorín, como si saborease las cosas que va enumerando, así como el predominio de sustantivos y adjetivos, generalmente pospuestos, para destacar la cualidad diferenciadora. Todo esto da como resultado un efecto de estilización descriptiva en que lo esencial queda abstraído del paisaje particular, permaneciendo latente la emoción producida por el gozo estético de unos elementos naturales puestos a disposición del poeta.

Terminamos el trabajo con la transcripción de estos poemas, que hoy ven la luz, dignos de ser tenidos en cuenta:

CASTILLA EN CEMENTERIO

Para Azorín y A. Machado,
pulsos de Castilla

Tierras extendidas en un solo plano.
Sin altos ni bajos. Todo aquí es llanura.
Sin agua ni prados ni ríos que canten;
ni árboles ni flores. Todos son trigales.

Los cielos del día son de azul celeste
y arriba, colgando, un globo de fuego.
De noche, los cielos son de un azul claro
plagado de estrellas y una luna grande.

Con casas de adobes un pequeño pueblo
—tapiales de tierra con palos de urces—
cual pobre galayo se enquistaba en el llano
sus hombres sedientos de trigo y centeno.

Las casas muy bajas y con sólo un hueco.
Las calles desprenden labios en silencio.
Sólo los domingos y festivos días
es vino en taberna quien rasga la vida...

Labriegos con trajes y capas parduzcas.
Mujeres con sayas y refajos rojos.
Los niños con boinas y colgando mocos.
Las niñas con lazos y mandiles blancos.

¡Silencio; Silencio! ¡Ya es más que silencio!
cuando nuestra vista columbra a lo lejos,
sobre un altozano —oasis en desierto—,
unos cuatro árboles de recio abolengo.

Tras la tapia «in frontis», con puerta de hierro,
ríen las tristezas los largos cipreses
—son dedos carnosos de los muertos nuestros—
que alzan, afilados, sus uñas al cielo...

Una alondra vuela rasgando el silencio.
Un mastín nos ladra con ecos de perros.
Una luna grande esparce su leche sobre
nuestros pasos en campos desiertos...
¡Esta es mi Castilla! ¡Es mi Cementerio!

PAJAROS QUE VUELAN

Pájaros que vuelan
 rasgando silencios
 sus alas de seda
 Punzando rocíos
 sus picos en filo
 Cavando las albas
 aflautados trinos

¡Pájaros que cortan
 cielos de Castilla!

Gorriones hambrientos
 ¡ilgueros cantores
 Veloz golondrina
 Alondra que canta
 y encanta los trigos
 Pájara de nieve
 de cortos saltitos
 Pardillos rizando
 los vientos...
 Todos sobre alambres
 su plumaje montan
 y de ellos se arrancan
 en airosos vuelos
 plumas que recorren
 zigzages de gozo
 bordando collares
 al azul del cielo

Mis ojos los siguen
 soltando ilusiones...
 Y mis ojos cierran
 con plumas en tierra.

Año 1932

CHOPOS EN OTOÑO

No cesa el arpegio rumor de los vientos
 celestes;
 de largos, cadentes, susurros
 que blanden guitarras en chopos esbeltos
 soltando,
 al lamerlas, las hojas

de amarillo tierno, muy tierno,
que vuelan y vuelan con velas de olas,
y, las transparenta —en aires y suelos—,
un sol,
de amoroso: delgado, pequeño...

Sol de otoño, de muerte apacible,
serena;
jugador experto
de rizos con aires en hojas revoloteadoras como mariposas
de señera gracia en sus cortos vuelos.

¡Otoño de chopos firmes y ondulantes!
¡Figuras de ensueño,
donde se adormecen y mecen colores tan tiernos,
tan suaves;
olores tan finos,
tan dulces y tenues,
que nos traen los chopos en su desnudarse
con manos de aire de rubiasco encanto!

Los aires,
en lentas caricias de soplos,
despeinan los chopos dejándoles mundos...
Resbalan sus hojas
caminos de cielos con juegos de ángeles contentos,
y llegan a tierra cansadas del revoloteo.
Aquí
se sacuden miles contra miles;
levantan columnas: tumbas de hojarasca.
Los vientos
se tornan calma de silencios
y grandes montones de almas desprendidas
aguardan su muerte al soplo del fuego.

Márgenes de un río bordadas
de chopos desnudos, austeros,
esconden la vida de otra primavera
Y, por dentro ciñen anillos de cuatro estaciones.

¡Hoy es el otoño...!

Año 1933